

tanta frecuencia á la desesperación, sino porque se ignora esta virtud?

Otras épocas ha habido en que los hombres han sido ciertamente desgraciados; pero practicaban la abnegación personal, y por eso soportaban sus sufrimientos con más calma y virilidad. Pero nosotros hemos llegado al extremo de que los que parecen más felices son los más desgraciados, y de que los ricos pueden soportar menos la vida que los pobres y los que sufren.

Proviene esto de que ya no se educa á nadie en la práctica de la abnegación personal. Nuestra educación y nuestra pedagogía nos enseñan exactamente lo contrario de lo que es necesario á la vida de la humanidad. De aquí que tengan ellas la mayor parte de responsabilidad en la miseria de nuestro tiempo.

Ahora bien, por cuanto ya no se enseña la renuncia personal, piensa uno exclusivamente en sí mismo, sólo es accesible á lo que le agrada, y olvida lo que los otros pueden desear.

Sin renuncia personal, la más elevada educación no conduce más que á necesidades refinadas y á pretensiones exageradas.

Sin renuncia personal, se hacen más descontentos los ricos, y los más poderosos más insoportables, más susceptibles en lo referente á su bien ó su mal personal, y más duros con los demás. Sin abnegación, los que han recibido la más distinguida educación desde el punto de vista estético, se convierten en las personas más intratables y crueles.

¡Oh, qué bien tan grande procuraría al mundo el que pudiese introducir de nuevo en la educación y en los corazones la mortificación y la renuncia personal! ¡Cuántas quejas quedarían así acalladas! ¡Cuántas enfermedades curadas y cuántos suicidios evitados! ⁽¹⁾

11. Práctica de la mortificación como virtud so-

(1) Cf. Weiss, *Die Kunst zu leben*, (5), 74 y sig., 131 y sig., 136, 147 y sig., 332 y sig., 496 y sig.

brenatural.—¿Tan imposible es, pues, suscitar de nuevo este espíritu de mortificación?

He aquí nuestra respuesta: Lo que es imposible al hombre, es posible á Dios. Sin duda que, con razones puramente humanas, sólo se obtendrán medianos resultados. Ocurre con la mortificación lo que con la castidad. Muy laudables son las razones naturales que se aducen en pro de ellas. Pero es muy raro que, de hecho, determinen á la práctica de estas virtudes. Pocas esperanzas hay de verlas realizadas allí donde no intervienen los motivos sobrenaturales.

Esto se comprende fácilmente. La llamada castidad natural es una virtud puramente negativa, si, con todo, merece el calificativo de virtud. Es simplemente la ausencia de mal, y nada más. Ahora bien, como con frecuencia lo hemos dicho, no es esto lo que constituye la virtud. La virtud es algo positivo; la virtud consiste en que el hombre abandone la vida sensual, en la cual quisieran de buen grado mantenerlo las inclinaciones de su naturaleza muerta y perezosa.

De donde resulta que es fácil comprender por qué las verdaderas virtudes naturales son tan raras, y por qué no se afirman muchas virtudes cuando se las quiere practicar desde el punto de vista natural. De este número forman parte la mortificación y la castidad.

No ocultaremos, pues,—antes por lo contrario, es nuestra firme convicción—que estas dos virtudes sólo pueden ser practicadas en el terreno sobrenatural. No deben, pues, ser únicamente abstención de mal, sino plenitud de bien. Deben elevarse por encima de la naturaleza, porque son una victoria magnífica obtenida sobre ella. De aquí que no sea posible soñar en su realización completa, hasta tanto que no esté uno lleno interiormente de Dios y de su Espíritu Santo.

Por otra parte, la mortificación es la condición preliminar para entrar de lleno en la vida sobrenatural.

El bienaventurado Jourdain expuso esto con admirable claridad.

Presidía el Capítulo General prescrito por la Regla de su Orden, cuando de súbito cayó gravemente enfermo y no pudo ofrecer á sus hermanos el dulce consuelo de escuchar su palabra. Tan grave disgusto les causó este contratiempo, que, no obstante su lamentable estado, le instaron á que les dirigiese algunas palabras de edificación.

Reunió entonces el venerable religioso todas sus fuerzas, y les dijo: «En esta semana—era la de Pentecostés—leemos con mucha frecuencia estas palabras: «Todos estaban llenos del Espíritu Santo». ⁽¹⁾ Ahora bien, sabéis que el que está lleno de una cosa, no puede estarlo de otra, pues haría rebosar el vaso. Los Apóstoles quedaron llenos del Espíritu Santo, porque habían arrojado de sí su propio espíritu. También cantamos con el salmo: «Haz desaparecer su espíritu; enviarás el tuyo, y serán creados de nuevo». ⁽²⁾ Con el auxilio de la gracia, despojaos, pues, de vuestra propia voluntad, de vuestra terquedad, de vuestro egoísmo, y seréis llenos del Espíritu Santo y transformados en hombres nuevos». ⁽³⁾

Por otra parte, no hay duda de que únicamente el Espíritu Santo puede darnos el verdadero gusto de la mortificación. Sólo la vida interior en Dios puede elevarnos por encima de los instintos sensibles, que tan poderosos son, y dar completa satisfacción á todos los sacrificios que las dos virtudes de mortificación y castidad imponen á la naturaleza. Esta es la razón por la cual nadie debe asombrarse de que los que no practican la vida sobrenatural no amen la mortificación ni sean héroes de la castidad.

No hay que considerar como permisiones incomprensibles de Dios las caídas, en apariencia súbitas, que en ocasiones sumen al mundo en el espanto y en el júbilo. No; ocurre con frecuencia que la justicia de Dios no es tan insondable como se cree. Quizás no se trate de una caída de elevada altura, sino únicamente del hundimiento de

(1) Act. Ap., II, 4.

(2) Psalm. CIII, 29, 30.

(3) Gerard. a Fracheto, *Vitae fratrum primaevi Prædicat. Ordinis*, 3, 42.

un edificio carcomido, del que sólo quedaban las apariencias. Nada había en él capaz de sostenerlo en adelante. No tenía el temor de Dios por base, ni por columnas la oración, ni el alejamiento del mundo por muros. Sólo poseía el amor propio, que es un pésimo estado. Pero lo que especialmente le faltaba, era la vida sobrenatural, y, por el hecho mismo, carecía del único punto de apoyo que poseen estas virtudes. De aquí su caída. ⁽¹⁾

Por consiguiente, predicar la mortificación á los que no tienen seria voluntad de aspirar á la perfección sobrenatural, es perder el tiempo. Pero para aquellos que han dirigido ya su corazón hacia este objeto, para aquellos que toman en serio la salvación de su alma y la imitación de Jesucristo, de tal modo les son naturales las virtudes de renuncia personal y de mortificación, que antes hay que reprimirlos que excitarlos, siendo preciso vigilar cuidadosamente á estas almas para que no traspasen los límites de la prudencia ni comprometan su libertad de espíritu.

12. Verdadero remedio para nuestros males.—Si se tratase de dar con lo que puede hacer al mundo un verdadero servicio, y curar las llagas de nuestra vida moral privada y pública, indicaríamos el espíritu de mortificación.

Si los maestros y los padres nos preguntasen por qué medios podrían formar una nueva generación más sana desde el punto de vista físico, y más vigorosa desde el intelectual, les contestaríamos sin vacilar que con el espíritu de mortificación.

Si los predicadores y los apóstoles nos preguntasen cómo deben proceder para hacer escuchar de nuevo la palabra de Dios y las verdades de la fe, y darles entrada en los corazones, les responderíamos: Ante todo, practicad vosotros mismos la mortificación. Sin esto, no se convencerá el mundo de que creéis lo que predicáis. Pero si ve en vosotros el espíritu de mortificación, tendrá que creer que tomáis en serio lo que decís, y también lo tomará en serio.

(1) Cf. Weiss, *Lebensweisheit*, (10), 132 y sig.

Si los directores de almas nos preguntasen por qué, no obstante sus esfuerzos, obtienen con frecuencia tan escasos resultados en su ministerio, les contestaríamos lo mismo: Ejercitad á los que se dirigen á vosotros en la mortificación y en la renuncia personal, y para que lleguen á este resultado, dadles vosotros mismos el ejemplo. Si no los conducís á esta virtud, no les infundiréis virtud alguna verdadera. Pero si lográis consolidarla en ellos, podréis exigirles cuanto de más difícil hay.

Finalmente, si alguien nos preguntase qué es lo que puede despertar el espíritu de la esposa del Salvador y hacerla marchar con paso firme, con la lámpara encendida en la mano, delante de su esposo, le daríamos igualmente esta única respuesta: Renovando su amor á la mortificación y á la renuncia personal.

¡Siempre y en todas partes la mortificación! Sí, penitencia por nuestros propios pecados y por los del prójimo; severidad con nosotros mismos, celo en la oración, extraordinaria paciencia é imitación de Jesucristo en el camino del Calvario, amor á la mortificación; he aquí el verdadero remedio de todas nuestras llagas.

Quien pueda entender, que entienda.

APÉNDICE

NOCIÓN EXACTA DE LA ASCÉTICA

1. **Ideas falsas sobre la ascética.**—Este sentimiento de hostilidad contra la ascética, del cual hemos hablado ya, y que hace siglos se manifiesta, aun en el interior del Cristianismo, ha conducido á Otón Zöckler á sostener que éste último era, no la religión del ascetismo, sino la de la fe y del amor. ⁽¹⁾

Según él, no hay que buscar el desarrollo del principio del ascetismo en la naturaleza del Cristianismo, ó en su contenido doctrinal primitivo, sino únicamente en la historia. ⁽²⁾

Sin embargo, el mismo autor vese obligado á admitir que no sólo el ascetismo se encuentra en las ideas del mundo cristiano primitivo, sino también en el Nuevo Testamento. ⁽³⁾ Y aun admite que el ascetismo físico, lo mismo que el intelectual, no era más extraño á las ideas griegas que á las cristianas, que, por consiguiente, es algo de común á los miembros de la humanidad, que penetra todas las religiones, que no falta en ninguna de las que en realidad merecen este nombre, y que, en sus esfuerzos para volver á Dios, vense constreñidos los hombres á alimentar aspiraciones hacia el ascetismo y practicar el ascetismo. ⁽⁴⁾

¿De dónde provienen estas evidentes contradicciones en un mismo autor? Pueden reconocer diferentes causas. Sin

(1) Zöckler, *Ascese und Mönchtum*, (2) 136.

(2) *Ibid.*, 143.

(3) *Ibid.*, 2

(4) *Ibid.*, 2 y sig.